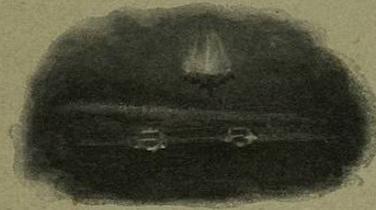


Lola, ante la cual cayó de rodillas, ocultando la cabeza entre sus manos.

¿Encontró el desgraciado en la venganza el placer que buscaba? ¡Ay, no!

El día lo sorprendió en la misma postura.  
Cuando lo levantaron de allí, estaba loco.



Entablóse la conversación, fría al principio...

## EL VIOLÍN MÁGICO

### I

Entraba en la estación de San Sebastián el tren expreso procedente de Irún.

Rechinaba sobre los rieles la locomotora y parecían aquellos rechinamientos quejidos de la poderosa máquina, que se dolía como fiera aherrojada por la hábil mano de inteligente domador.

Dió el maquinista contravapor, obedeció el monstruo mal de su agrado, paró su marcha dando espantosos rugidos, y quedó silencioso y anhelante, como gladiador que descansara después de encarnizada lucha.

Una bulliciosa multitud aguardaba en los andenes de la estación. Los gritos de los mozos ofreciendo sus servicios, los saludos, el rodar de los carretones conduciendo los equipajes, los sonoros besos cambiados entre las que llegaban y las que aguardaban, y todos esos ruidos que se oyen en una estación á la llegada de los trenes, eran aquella tarde ensordecedores.

Del tren que llegaba saltó con ligereza un joven de veintidós á veintitrés años, de elevada estatura y hermosa presencia, moreno, y de ojos negros de mirada de fuego, viva y expresiva, mirada de vehemencia tal que revelaba al hombre apasionado y soñador.

En cuanto hubo saltado al suelo, se encontró en los brazos de otro joven que lo estrechó contra su pecho afectuosamente.

— ¡Por fin estás aquí! — decía entre apretón y apretón. — ¡Por fin cumples tu palabra!

— Sí, amigo mío, aunque no por mucho tiempo: alargo mi viaje ocho días sólo por el placer de pasarlos contigo.

Hablando así los dos amigos se habían dirigido hacia la puerta de salida; pero era tal la confusión, que el recién llegado exclamó:

— Por favor, Ernesto, no nos metamos en esa baraúnda; esperemos charlando á que se despeje esto un poco.

— Como quieras. Ninguna prisa tenemos.

— Las apreturas me crisan los nervios.

— Y tú eres un manojo de ellos que se mueven y agitan continuamente, impulsados por la doble fuerza de un corazón vehementísimo y de una cabeza volcánica.

El joven sonrió.

— Cuéntame entretanto, mi querido artista, lo que has hecho por esos mundos.

— En dos palabras te lo diré: estudiar tres años en Italia las bellas artes, muy especialmente la música y la pintura; pasear por toda Europa buscando los grandes modelos, los primeros maestros, las curiosidades y bellezas de cada pueblo; recorrer después casi toda España, que no había de ignorar nuestros tesoros artísticos conociendo los extraños, y acudir por último al cariñoso llamamiento de un amigo antes de volver á mi casa y á los brazos de mi padre, que me espera impaciente.

— ¿No has visto á tu padre en los años que has estado viajando, querido Cristino?

— Sí, por cierto; mi padre ha ido á verme varias veces.

— Entonces que espere.

— No, tengo prisa de regresar á la corte, á ese Madrid de hermoso cielo y de alegre vida, animado y risueño, de que todos los madrileños sentimos la nostalgia aun entre el bullicio de las más grandes capitales.

Ambos jóvenes atravesaron la estación, ya más

desahogada. Al llegar á la puerta se apartaron cortésmente, dejando paso franco á dos señoras que entraban.

El artista ahogó al verlas un grito de sorpresa, palideció intensamente y exclamó, apretando con fuerza el brazo de su amigo:

— ¡Mírala, mírala! ¡Es ella!

— Una rubia deliciosa: talle de ninfa, rostro de serafín y ojos celestiales. Ya la veo.

— ¡Es ella, es ella! — repetía Cristino cada vez con más ardor.

— Ella..., bueno. Pero ¿quién es ella?

— No lo sé. Mira.

El artista sacó con precipitación de su bolsillo carteras y papelés que enseñó á su amigo.

En todos se veía varias veces reproducida al lápiz la bella imagen de la rubia que acababa de pasar ante los dos amigos, muy ajena de haber causado en ellos tanta emoción.

— ¡Magníficos, soberbios — exclamó el joven, — retratos perfectos y admirable dibujo! Eres un gran artista.

El elogiado hizo un movimiento de impaciencia, y arrancando los dibujos á su amigo:

— No se trata ahora de eso — dijo.

— ¿Pues de qué se trata?

— De ella, de ver adónde va.

— Pues ya lo estás viendo. Sube al tren.

— Entonces va á Madrid.

— O á otra parte. De aquí á Madrid hay muchas estaciones.

— El tren parte á las tres y minutos... Me voy, chico.

— ¿Adónde?

— A Madrid, si allí va ella; si se queda en otra parte, adonde se quede.

— Pero ¿estás loco?

— Loco, sí, loco de amor. La vi, ó mejor dicho, se me apareció cual divina y rápida visión en uno de mis viajes por Asturias, dejándome tan absorto que cuando volví en mí ya había desaparecido, y en vano la busqué por todas partes. Hoy, que por dicha la encuentro, no la perderé de nuevo. ¡Bendigo tu insistencia en hacerme venir! ¡Bendigo tu amistad y tu cariño!

— Sí, pero me dejas.

— Este encuentro varía todos mis planes. Por nada del mundo renunciaría á la dicha de viajar con ella, de contemplarla durante tantas horas, de velar su sueño. Compraría tan gran felicidad con los mayores sacrificios, y ya ves que ofreciéndomela gratis la casualidad, no he de renunciar á ella.

— Tienes razón y no insisto, querido Cristino.

— Te prometo volver y pronto.

— ¿Con ella?..

— ¡Ojalá!

— De todos modos te cojo la palabra.

— Te la doy formalmente.

## II

Cinco minutos después el expreso partía llevando á nuestras dos desconocidas y á Cristino, que acababa de subir y, trémulo de alegría, ocupaba un asiento frente á la joven.

La rubia de quien tan completo elogio acababan de hacer, era casi una niña; representaba diez y seis años, y la acompañaba su tía, señora de regular edad, de distinguido porte y aún hermosas facciones.

El enamorado joven clavó sus negros ojos con ardiente insistencia en los azules de la bella niña, y de ambas pupilas brotó esa chispa magnética que es casi siempre precursora del fuego del amor.

Ella bajó la vista, enrojeciéndose ruborosa, y él palideció de emoción.

El idilio había empezado.

Bien pronto encontró Cristino ocasión oportuna de romper el hielo de los primeros momentos, y aprovechándola con gran discreción y tacto, entablóse la conversación, fría al principio, y luego franca y alegre merced á la expansión natural en compañeros de viaje y al distinguido trato de unas y otro.

El notable artista, que poseía un elevado talento cultivado por vastísima instrucción, encantó de tal modo á las dos señoras y tanto se atrajo sus simpatías, que á las pocas horas lo trataban como á un amigo.

Cristino estaba loco de placer. Durante las horas que pasaron juntos, las prodigó toda clase de delicadas atenciones, las sirvió afectuoso en esos mil pequeños detalles que se ofrecen en un viaje. ¡Qué corto le pareció el tiempo y qué rápida la marcha del tren!

Al llegar á Madrid, los dos jóvenes sufrieron una sacudida dolorosa, como el que despierta de un sueño delicioso á la triste realidad.

Una mirada, no ya ligera y tímida, sino larga, intensa, embriagadora, se cruzó entre ellos.

Los vulgares accidentes de la vida sacaron á ambos de tan delicioso éxtasis. Habían entrado en el andén. Era preciso separarse.

La rubia niña hubiera premiado las atenciones del galante artista ofreciéndole su casa; pero no era á ella á quien tocaba hacerlo, y su tía se limitó á darle las gracias de la manera más afectuosa por sus bondades.

Los jóvenes cambiaron un apretón de manos y una última mirada.

Después la niña siguió á su tía y Cristino las siguió á las dos.

En la puerta de la estación las esperaba una lujosa berlina á la cual subieron, y se alejaron al trote de dos magníficos tordos.

—¿Qué le ha parecido á usted nuestro compañero de viaje, querida tía?— preguntó la joven al partir el coche.

– Incomparable para pasar agradablemente las fastidiosas horas de un largo viaje.

La encantadora joven abrió con asombro sus grandes ojos.

– ¿Y... nada más? – dijo tímidamente.

– ¿Qué más quieres que me parezca, mi pobre Sofía? – repuso riendo. – Que habla bien, que tiene talento é instrucción: esto es lo único que se puede deducir del trato de unas horas.

Sofía sintió algo así como un vago desencanto. ¡Lo había juzgado ella de tan distinta manera! Para ella el talento era lo de menos. ¡Había visto el corazón á través de aquellos hermosos ojos!

La buena señora pareció adivinar lo que pasaba por el alma de su sobrina, y estrechando sus manos, le dijo con cariño:

– En el mundo, niña mía, estos encuentros son como el cruce de dos trenes: un saludo, una mirada, y cada locomotora sigue su rumbo arrastrando á los viajeros en opuestas direcciones. Unas horas de expansiva conversación, la amistad de un día, y el destino, que es la locomotora que nos impulsa, se encarga de llevar á cada uno por sendero diferente, sin que se vuelvan á encontrar ni á recordar quizá.

– Pero eso es muy triste, querida tía – exclamó la niña.

– Por el contrario, es muy lógico, hija mía. Si fuéramos á dar nuestra amistad y á conceder nuestro afecto á todo el que la casualidad nos depara por

compañero durante algunas horas, siempre que tenga un exterior simpático, ¡cuántos chascos nos llevaríamos!

Sofía suspiró. Sin querer pensaba en el simpático desconocido.

Su tía sonreía.

¡Contraste natural entre los dos polos de la existencia! La inocencia se punzaba en las primeras espinas de la vida. La experiencia se reía de aquel imaginario dolor, pensando en los infinitos reales y positivos que el mundo ofrece.

### III

Sofía no vió á Cristino al entrar en el soberbio hotel que habitaba; y sin embargo, tenía la seguridad de que la había seguido y conocía su morada.

Durante dos días esperó á cada momento verlo aparecer por la verja, y cuantos instantes tenía libres iba del balcón al jardín y del jardín al balcón. ¡Inútil diligencia!

¡Él que se había apoderado de su corazón, él que con el último apretón de manos la prometió verla pronto, no parecía!

– Mi tía tenía razón – se dijo por fin la pobre niña; – unas horas de agradable charla, y luego nada..., la separación y el olvido. ¡Todo ha sido un sueño!

En aquella situación de ánimo, una conversación y una promesa cambiaron el destino de Sofía.

— Ven, hija mía, y hablemos un instante de cosas graves como dos buenas amigas — le dijo un día doña Carmen, atrayéndola junto a sí.

La joven se sentó a su lado y repuso, enlazándola con sus brazos:

— Me asusta usted, querida tía.

— Pues que te pase el susto; que el asunto, aunque grave, no tiene nada de terrible, por el contrario es muy alegre.

— Venga entonces, que ya deseo saber de qué se trata.

— Antes dime una cosa con toda franqueza, con la mano puesta sobre el corazón, advirtiéndote que si me engañas, tú serás la engañada.

— Juro decir la verdad — contestó Sofía con juguetona solemnidad.

— Entre los muchos jóvenes que has tratado y te han pretendido desde que saliste del colegio, ¿ha conseguido tu cariño alguno, has dado ya tu corazón? Piénsalo bien antes de responderme, niña mía.

Encendido color subió al rostro de la bella rubia; pero repuesta al punto, contestó:

— No he dado mi corazón a nadie.

— ¿Ninguno te ha impresionado?

Sofía suspiró.

— Eso sí — repuso con ingenua franqueza, — alguno ha conmovido mi corazón, pero ha sido un sueño, una ilusión, nada de real y positivo.

— ¡Vamos, la novela del amor! — dijo doña Carmen

sonriendo. — No hay muchacha que no tenga su novela, cuyas páginas cierra al casarse para comenzar su historia.

— ¡Qué dichosas serán, querida tía, las que lleven a feliz término esa primera novela!

— Son tan pocas las que lo consiguen, mi pobre Sofía, que pensar en ello es una quimera. Soñar es muy hermoso; pero ¡ay!, que es preciso despertar. Pasemos, pues, a lo real, que es lo verdadero. ¿Te has divertido durante el año que llevas fuera del colegio?

— ¡Oh, mucho!

— ¿He satisfecho todos tus caprichos, he realizado todos tus deseos?

— Aun antes de formularlos.

— ¿Estás satisfecha de mí?

— ¡Oh, tía, qué pregunta! Si usted ha sido mi única madre desde que en la infancia la perdí; si a usted debo mi educación, mi fortuna y hasta la vida, que sus cuidados me han conservado, y además me colma de cariño y de bondades, ¿no he de estar satisfecha? Mi gratitud es tan grande como mi cariño hacia usted, y sólo anhelo ocasión en que demostrarle cuánto es mi agradecimiento.

Todo esto fué dicho con tanto ardor, que doña Carmen, conmovida, estrechó a su sobrina contra su corazón y besó apasionadamente su frente y sus ojos, añadiendo:

— Pues bien, Sofía querida, esa ocasión ha llegado.